



Portada de su última novela. Un estudio de las relaciones entre la mujer americana —fuerte— y el hombre, débil... «En U. S. A. las mujeres lo han conquistado casi todo. Los hombres trabajan para ellas», dice Oriana.

NO hubo que insistir mucho para que Oriana Fallaci fuera al tocador a peinarse para posar ante el fotógrafo; primero dijo que era inútil: siempre —aseguró— estaba con los cabellos revueltos. Sin embargo, ante la presencia de la cámara se levantó del diván, y a los pocos minutos apareció ligeramente arreglada. No demasiado. Lo justo. Su porte exterior reflejaba esa difícil elegancia de la sencillez. Igualmente, al hablar manifestaba una simplicidad que no excluía la profundidad o el ingenio; al contrario, los valoraba aún más... Esta muchacha florentina, de familia de periodistas, una de las más ilustres redac-

apasiona, al que «siempre está dispuesta a ir» es Estados Unidos.

un país que amo y odio al mismo tiempo

—Norteamérica es un país que me gusta, a pesar mío. Le amo y le odio al mismo tiempo. He ido muchas veces allí, y siempre he experimentado la misma sensación de miedo, de desconfianza. Es un país difícil de comprender, pero no tanto como los propios americanos se creen. En mi libro «Penélope hace su guerra» he tratado de concretar las dos tendencias que definen el comportamiento del americano medio: una, puritana, cerrada, rígorista, y otra más sana, abierta, progresista. En esta perpetua contradicción se debate el país. Para nosotros, europeos, es difícil acceder a esta mentalidad, a esta especial conformación...

—¿Qué impresión le produjo Hollywood?

—He estado poco allí, pero guardo un recuerdo desagradable. Hollywood me parece un sitio penoso. El día de la Independencia fui a un cóctel a casa de Joseph Cotten, acompañada de Orson Welles. Es-

tan. Pienso que no son personas como nosotros. Son de otra raza; o, quizá, es que haya tres sexos: el hombre, la mujer y el actor... De todas formas, admiro mucho a Maximilian Schell; me parece un hombre muy inteligente. También su hermana me gusta. Y la Lollobrigida. Es de esa clase de mujeres que es toda inteligencia natural. A Ingrid Bergman la quiero mucho: es una mujer muy chic, con una gran energía. Burt Lancaster es magnífico. Con Sofia Loren me ocurrió algo bastante pintoresco. La entrevisté y luego publiqué una cosa que le desagradó. No me explico porqué, pero se molestó muchísimo: me había dicho por qué engordaba: «Cuando veo la comida en la nevera, no puedo por menos de comer, y engordo...» Yo publiqué esto porque me pareció un detalle simpático, humano. Pues se enfadó. Luego, cuando la volví a encontrar, se disculpó por haberse enfadado conmigo y reconoció que aquello no tenía importancia; pero es igual, volverá a suceder una cosa parecida y tornará a enfadarse... De verdad, se trata de otra raza de personas.

más lamento: no haberla conocido. Seguro que era una mujer deliciosa. Pienso que la verdadera Marilyn Monroe ha quedado inédita: braceaba en el agua y ha terminado por ahogarse. Nadie le ha ayudado, pero es posible que ella no se haya dejado ayudar por nadie. Cuando recibí la noticia de su muerte, lloré verdaderamente. Estaba haciendo un crucero y la radio se nos había estropeado; cuando se arregló, la primera noticia que transmitió fue la de la muerte de Marilyn: fue una impresión tremenda. Siempre me ha parecido que ha muerto sin expresarse enteramente. Creo que quedará como el símbolo de una derrotada...

el «gran papá» visconti

—Nosotros sentimos un gran interés por el nuevo cine italiano. Quisiéramos que nos diera su opinión sobre estos jóvenes realizadores...

—En primer lugar, Zurlini. Es estupendo, muy cuidadoso, muy concienzudo; entre los jóvenes es, sin duda, el mejor. Luego me interesan mucho Francesco Rossi —su «Giuliano» es magnífico— y Franco Rossi. También Gillo Ponte-

ORIANA FALLACI

toras de «L'Europeo», ha dialogado con nosotros un largo rato. Digo dialogado, porque no hubo por nuestra parte, en principio, pretensión de entrevistarla. Luego, a medida que la conversación avanzaba y se establecía una corriente de simpatía mutua, se planteó la necesidad de «profesionalizar» el coloquio. Ella se prestó de buen grado. Ibamos a hablar de Oriana Fallaci, la mujer que en plena juventud ha triunfado en el periodismo; íbamos a preguntarle su opinión sobre los famosos que ha tenido ocasión de encontrar a lo largo del ejercicio de la profesión...; luego, todo se nos dio por añadidura. Oriana Fallaci desbordó nuestras previsiones. Sabíamos que había comenzado a hacer periodismo a los diecisiete años. Ni la tradición familiar ni una decidida vocación le impulsaron a escribir en los periódicos: lo hacía para poder pagarse los cursos de Medicina que había comenzado. Luego abandonó los estudios y abrazó definitivamente la profesión de sus mayores. Y empezaron los viajes. Habrá pocos países que Oriana Fallaci no haya conocido; pero de todos, el que le

taba allí Norma Shearer: parecía una momia, toda arrugada y consumida... Estaban preparando las bebidas, y me dijeron: «Beba usted con nosotros, a menos que también crea que los americanos somos unos borrachos...» Bueno, la realidad es que cuando ellos dejaban de beber, todavía continuábamos Welles y yo... Hay algún recuerdo curioso: por ejemplo, conocí al hombre que *fabricó* a Kim Novak. Me explicó cómo lo hizo: le cambió los dientes, le arregló la frente. Cuando su madre la vio no la reconocía. Es algo alucinante. Denota una falta de respeto hacia el individuo verdaderamente monstruoso.

—¿Cuál es la estrella de más personalidad que ha conocido?

—En realidad, no tengo mucha simpatía por los actores. Tengo amistad con algunos, pero siempre acabamos peleándonos. Los actores integran un mundo muy especial, lleno de susceptibilidad.

el tercer sexo

—Con los actores siempre me ha pasado lo mismo. Me desconcier-

marilyn: símbolo de una derrotada

—Un día estaba entrevistando a Arthur Miller. Cada vez que se abría la puerta esperaba ver aparecer a Marilyn Monroe. Nada. Siempre entraba cualquier otra persona: el cocinero, la doncella, el jardinero... Yo ya estaba impaciente; hasta que le pregunté a Miller si su mujer no estaba en casa, y confesó que aquella mañana se había ido al hospital. Se había hecho un pequeño corte en el dedo y había ido corriendo a hospitalizarse. Le daba verdadero horror la sangre. Era como una especie de superstición. Y también como una fatalidad: durante los rodajes sufría accidentes aparatosos... Para una mujer terriblemente supersticiosa como ella, esta mala suerte debía ser una pesadilla; esa mala suerte se concretaba en que si pasaba por una puerta un poco baja, se daba con la cabeza en el dintel, si cortaba un salchichón se hería un dedo... Todo esto llegó a crearle una mentalidad neurótica, a hacerla vivir obsesionada con la idea de la muerte. Es una de las cosas que

corvo: es muy amigo mío y un gran realizador. Hay dos directores que cada vez hacen films mejores: Nani Loy y Pietro Germi. Loy ha hecho una película impresionante: «Las cuatro jornadas de Nápoles»; cabe esperar muchísimo de él. Y Germi es un caso aparte. Un hombre absolutamente sencillo. Vive en un segundo piso y tiene siempre el teléfono descolgado para que no le molesten. Si quieres hablar con él tienes que acercarte hasta su casa y meterle un billetito por debajo de la puerta. Entonces te recibe. Y cuando sale de casa vuelve a colgar el teléfono... Efectivamente, es muy huraño. Una vez le invité a cenar Liz Taylor, y él dijo tranquilamente que «no le interesaba»; los amigos de la estrella insistieron: «Es que la señora Taylor tiene muchas ganas de conocerle a usted.» «Bien, pero yo no tengo ningún interés en conocerla a ella...» Es un hombre que se conforma con poco. Vive simplemente. Se niega a vestir «smoking». Dice que, desde lejos, cualquier traje con un simple laquito parece un «smoking»... A mí me ocurrió una cosa graciosa con él: publiqué una vez algo sobre sus

bigotes grises, y me contestó con un telegrama que decía: «Los bigotes grises los tendrá usted.» ¡Es un hombre fascinante! Pero pienso que esa misma modestia suya le imposibilita para abrirse a otros temas, a más cuestiones. A Germi le propusieron llevar al cine mi novela «Penélope hace su guerra», pero se negó. No ha salido nunca de Italia, no podía conocer el ambiente americano que yo describo en el libro. ¡Pero qué bien conoce los personajes y los ambientes de su país! ¡Qué maravilla «Un maldito embrollo» y «Divorcio a la italiana»...! A Luchino Visconti le he estimado y admirado siempre; pero ahora estoy enfadada con él. Fue por una cosa tonta; en un artículo le llamaba el «gran papá» del cine italiano; lo dije porque creo que es uno de esos hombres a quien le encanta proteger y casar a la gente que trabaja con él; Visconti creyó que le estaba llamando «viejo», y se enfadó. Se enfadó tanto que había prometido regalarme un gato y a raíz de ese incidente se echó para atrás... Con Federico Fellini las cosas son más fáciles; ha sido periodista y nos estima y trata como amigos. Cuando coincidí con él en los Estados Unidos ocurrieron un

tema musical de «La Strada». Fellini pasó un mal rato, pues tiene bastante mal oído, pero hizo lo que pudo y convenció a los policías, que le soltaron, escoltándole hasta el hotel...

por nada del mundo sería hombre

—Dejemos por un momento el cine. Quisiéramos saber qué opina usted del estado en que se encuentra hoy día la mujer en el mundo. ¿Cree usted que se ha liberado de los prejuicios?

—Bueno, yo no puedo dar ahora..., ¿cómo diría...? Es un tema como para escribir un libro o para dar un curso en la Universidad... Yo sólo puedo hablar de mis propias experiencias. Creo que ha llegado «la hora de la mujer»; si yo hubiera nacido hombre, quizá no hubiese tenido el éxito que he conseguido en mi profesión. Pienso que las mujeres no tienen derecho a lamentarse. Hoy día tenemos más oportunidades. Gozamos de una serie de ventajas y consideraciones con respecto a los hombres. Y, sin embargo, yo trabajo como ellos. Y disfruto de atenciones —durante la revolución húngara caí prisionera,

FLORENTINA, VIAJERA INCANSABLE Y CON UNA IMPRESIONANTE LISTA DE ENTREVISTAS A FAMOSOS

par de cosas pintorescas: él no sabía nada de inglés. Sólo sabía decir «very well» y «I am Federico Fellini, the famous italian director». Con respecto a la primera frase, solía acompañarle una periodista americana, rubia y muy aparatosa, que se decía era la novia de un «gangster»; el «gangster» en cuestión telefoneó un día a Federico y le estuvo amenazando en términos muy duros. Fellini no decía nada, porque nada sabía decir; pero al terminar el otro sus amenazas, Federico dijo: «Very well», y colgó. Por lo visto, el «gangster» se quedó helado de la serenidad y de la valentía del italiano, que había respondido así a sus amenazas... En otra ocasión andaba por Wall Street palpando las puertas y los escaparates de los Bancos, las carrocillas de los automóviles. La Policía encontró sospechosa su actitud y le llevó a la Comisaría; no tenía documentación y empezó a decir: «I am Federico Fellini, the famous italian director.» No le servía de nada, hasta que un policía aficionado — aficionado al cine— le exigió, a modo de comprobación de su identidad, que tararease el

¡quizá me habrían fusilado de no ser mujer!— especiales. En realidad, hoy día lo que llamamos «problemas importantes» lo son de igual forma y con la misma intensidad para el hombre como para la mujer. Ya no se plantea el «problema masculino» o el «problema femenino», sino que los problemas de tipo general, de orden social, moral, se le presentan al individuo, sea hombre o mujer. El verdadero e íntimo problema se plantea cuando se cierra la puerta y el hombre y la mujer quedan solos en la habitación: ahora se trata del problema de ambos, que deben de afrontar con la misma energía y sinceridad... Naturalmente, sobre estas cuestiones no se puede generalizar; hay que tener en cuenta las diferencias de educación, de formación, en los respectivos países. Sin embargo, ya digo que en todo el mundo está sonando la «hora de la mujer». Nos ha llegado la oportunidad. ¡Ya sería bueno que en algunos países, cargados de viejos prejuicios, hubieran evolucionado todos como el de los relacionados con la mujer!

J. G. DE D.



«He estado en todo el mundo, menos Australia, China comunista y Sudamérica...»